

CUENTOS FOLKLÓRICOS ARGENTINOS.
La Luna y el Sol
ANÓNIMO

ANÓNIMO



**CUENTOS FOLKLÓRICOS
ARGENTINOS.
La Luna y el Sol**

Digitalizado por **LIBRO**dot.com
<http://www.librodot.com>

Había una vez, en tiempos muy antiguos, un rey que tenía un hijo mozo y deseaba casarlo; pero como deseaba que la esposa destinada a su hijo fuera del gusto del mismo, lo autorizó para que él la buscara.

El joven, de acuerdo con el deseo de su padre, comenzó a buscar novia, y habiéndolo sabido una vieja que vivía cercana al palacio del rey, se propuso hacer lo posible para que el príncipe se fijara en una de sus hijas.

Esta vieja era una bruja hechicera que tenía tres hijas: las dos mayores eran brujas, como ella, y por eso las amaba mucho. A la tercera, que era la más linda, la aborrecía, porque habiendo estado un tiempo alejada de la familia, en otra región lejana, se había hecho bautizar y era cristiana, y por eso la miraba mal y la hacía pasar por sirvienta de la casa.

Ocurrió que el hijo del rey pasó cerca de la tapia del jardín de esta bruja, y la muchacha mayor le dijo al pasar:

-El príncipe que se case conmigo tendrá como dote una casaca hecha de tan riquísima tela, que no habrá otra en todo el mundo que la iguale, ni nadie podrá saber cómo ha sido tejida.

La oyó el príncipe, pero siguió caminando sin volver la cabeza.

Al otro día y a la misma hora, volvió el hijo del rey a pasar por el mismo sitio, y entonces la segunda hija de la bruja le dijo al verle:

-El príncipe que a mí me tome por esposa tendrá como dote un manto tejido tan rico y caprichosamente, que será tenido como una maravilla.

También la oyó el príncipe, pero sin dar contestación continuó su paseo.

Entonces la tercera hija de la bruja, que deseaba salir del poder de la madre, por lo mal que la miraba, se colocó cerca del sitio por donde debía pasar el hijo del rey, y cuando en la tercera tarde caminaba él, muy pensativo y triste, le dijo:

-El príncipe que me honre tomándome por esposa y fiel compañera tendrá la dicha de ser padre de dos hijos, los cuales ostentarán en su frente, el uno el sol, y la otra la luna.

Al oír esto el príncipe detuvo sus pasos y la saludó cariñosamente; le anunció que en breve vendría a buscarla acompañado de toda la comitiva de palacio.

En efecto, cuando el hijo del rey llegó al palacio, contó a su padre lo que le había sucedido. El rey ordenó que sus edecanes acompañen a su hijo a la casa de aquella vieja, para pedir por esposa a la hija menor.

Se enojó mucho la vieja al enterarse que la preferida por el príncipe era la hija a quien ella aborrecía, y trató de hacerle creer al hijo del rey que la muchacha era una simple sirvienta; pero el príncipe demostró su firme resolución de llevársela y casarse con ella. Entonces la vieja simuló mostrarse muy contenta y agradecida.

La alegría del príncipe fue muy grande al observar la bondad y la dulzura de su joven y bella esposa.

Pasado un año de casados, la esposa del príncipe se sintió enferma. Y la vieja bruja, que no la perdía un momento de vista, le dijo al personal que servía en la cámara de los príncipes, que ella había tenido revelación que su hija iba a dar a luz dos mellizos. Por este motivo era necesario que ella la asistiera y cuidara, porque el parto sería un poco difícil. Habiendo llegado esta conversación a oídos del rey, hizo llamar a la vieja y la autorizó para asistir y cuidar noche y día a la joven esposa del príncipe, cuando fuera llegada la hora del parto.

La vieja se aprovechó de esta autorización para instalarse en el palacio de los príncipes, y comenzó a preparar un plan para perder a su aborrecida hija.

Supo inspirar tanta confianza y afecto al esposo de su hija, que éste no titubeó en emprender un largo viaje, dejando completamente en manos de su suegra la suerte de su esposa.

Llegado el momento del parto, la bruja se procuró dos gatitos recién nacidos, de distinto sexo, e hizo construir un cajoncito, con capacidad suficiente para colocar dos criaturas. Y así que su hija dio a luz, la adormeció con una bebida que había preparado y colocó los dos gatitos en una cuna, envueltos en primorosas telas. Puso después las dos hermosas criaturas que su hija había tenido, dentro del cajón; lo clavó perfectamente y llamando a un negro a quien tenía sobornado, le entregó el cajoncito ordenándole que lo tirara al mar. El negro la obedeció y el cajón con los dos inocentes fue arrojado al mar.

Cuando toda la corte se enteró que la princesa había dado a luz dos gatitos y había perdido el uso de la palabra, todos creyeron que era algún castigo de Dios, por algún delito que ella había cometido.

Entonces el rey convocó a todos los grandes de la corte, habló con ellos, y estuvieron conformes en llamar a la madre de la joven y pedirle su opinión acerca de lo sucedido.

La bruja se presentó toda afligida y manifestó que lo sucedido a su hija era un castigo del cielo por haber engañado al príncipe, pues su hija era embrujada desde su más corta edad, y jamás debiera haberse casado con un señor de tan alta alcurnia.

Todas estas cosas, bien detalladas, fueron escritas y remitidas al príncipe, por un fiel servidor del rey, pues el príncipe se hallaba por aquel entonces peleando en una sangrienta guerra.

El príncipe, cuando se enteró de lo ocurrido en palacio, ordenó que su esposa fuera emparedada, y que se le diera solo el sustento preciso para que no muriera de hambre. Todo el amor que le había tenido se cambió en odio hacia su esposa, pues él consideraba una ofensa imperdonable el engaño que creía le había hecho.

Así las cosas en la corte, pasaron algunos años durante los cuales aquellas criaturas, que habían sido arrojadas al mar, crecían al amparo de un viejo pescador, que echando sus redes había visto flotar el cajoncito y lo había llevado a su casa, para ver el contenido. Al descubrir a las dos criaturas que dormían plácidamente, sintió hacia ellas gran compasión y rogó a una hija suya, que estaba criando a un hijito de varios meses, que les diera de mamar y los criara como si fueran otros hijos que Dios le había dado.

La hija del pescador era muy bondadosa, y con gusto se hizo cargo de los dos mellizos, criándolos como a su propio hijo. Así crecieron y llegaron a tener edad para ir a la escuela, en donde llamaron la atención de todos porque eran muy inteligentes y también por la vincha que les cubría la frente, y que nunca se les podía quitar, pues estaba tan ajustada que no resultaban los esfuerzos que se hacían para sacársela.

Ellos creían que eran hijos del pobre pescador, y lo amaban y respetaban.

Cuando los mellizos tuvieron catorce años, el pescador los retiró de la escuela. El verdadero nieto del pescador era torpe y atrasado en los estudios, y los miraba con envidia. La madre, para consolarlo, le contó la historia de aquella niña y de aquel niño. Cuando el muchacho supo la procedencia de los dos hermanos, como para vengarse, les contó lo que sabía acerca de su historia.

Los hermanos se sintieron humillados y resolvieron escapar de esa casa, en la que se consideraban extraños desde ese momento.

Una noche, después de pedir la bendición al anciano pescador y de haber rogado a

Dios los ilumine acerca de la senda que debían tomar, emprendieron la marcha a través de la montaña y llegaron a un punto donde un río poco caudaloso les cortaba el paso.

No sabían qué hacer, cuando se les presentó un caballo muy lindo y tan manso que se dejó tomar sin resistencia alguna. Como la niña se retiró unos pasos para arreglar sus ataditos, el caballo habló al muchacho y le dijo que lo enviaba Dios para velar por ellos, gracias a las oraciones de su santa madre. Por indicación del caballo, los niños lo montaron y cruzaron el río; en la otra orilla encontraron una estancia, que les estaba destinada, llena de comodidades y servidores. Allí tendrían que habitar hasta tanto llegue el día en que conocieran a su madre.

Apenas bajaron del caballo se les aparecieron los servidores dispuestos a obedecer sus órdenes. Los hermanos no cesaban de dar gracias a Dios por su nueva posición; el caballo era muy cuidado y no salía de sus campos.

Una tarde en que los dos hermanos, acompañados del fiel caballo, iban por un sendero del bosque, vieron cruzar una comitiva de grandes señores, entre los que iba uno que se detuvo al ver la belleza de la joven melliza.

Al otro día volvió a pasar por el bosque el mismo señor y acercándose a los dos hermanos, los saludó y les dijo que tanto le agradaba la joven que deseaba tomarla por esposa; también les dijo que era príncipe e hijo de un poderoso señor.

El joven le dijo al príncipe que volviera al día siguiente, para tener tiempo de pensar en la contestación.

Cuando el príncipe se fue, el caballo, que había estado oyendo la conversación, le dijo al joven:

-Tengo que revelarte un secreto: ese príncipe que pretende a tu hermana, es tu padre, el cual hizo emparedar a tu madre, creyéndola culpable de un delito que jamás cometió. La autora del engaño es la madre de tu madre, que es bruja y aborrecía a esa hija por haberse hecho cristiana. Ella hizo creer a toda la corte que tu madre estaba embrujada; colocó dos gatitos en la cuna donde tenían que estar ustedes al nacer, y ordenó que ustedes sean arrojados al mar en un cajón. Lo demás ya lo sabes. Pero lo que no sabes, es que tu madre vive mártir, emparedada y privada del uso de la palabra por los maleficios de tu abuela, y que el príncipe cree muerta a la que aún vive sufriendo y es su legítima esposa.

El caballo siguió hablando y le dijo al muchacho:

-Tu deber es devolver la felicidad a tu madre. Tenés que hacer lo siguiente: concederás al príncipe la mano de tu hermana, pero con una condición: el día anterior al casamiento tendrá que dar un banquete en el palacio, al que deberán asistir todos los grandes de la corte. Una vez sentados a la mesa, exigirás que se presente la princesa emparedada. Y como el príncipe se enterará así que su esposa vive y sufre el castigo por un supuesto delito, te dará una explicación. Pero tenés que insistir para que la princesa sea sacada de la prisión y traída al salón en presencia de todos. Después obligarás a presentarse a la vieja bruja y, una vez que estén todos reunidos, explicarás a tu padre el engaño diciéndole que todo es culpa de la vieja bruja; ésta no se atreverá a negar y confesará todo.

El caballo terminó diciendo:

-Cuando esto haya ocurrido le dirás al príncipe que vos y tu hermana son sus hijos, arrojados al mar por orden de la bruja y salvados milagrosamente por un pescador. Para probar que tu madre no mintió al prometer dos hijos mellizos, uno con la luna y otro con el sol, ustedes se arrancarán la vincha, y cuando él los vea brillar se convencerá. Tu madre entonces recobrará de pronto su salud, su belleza y el uso de la

palabra, y confirmará la verdad de todo esto.

El joven se quedó admirado de lo que oyó, y le prometió al caballo seguir fielmente sus indicaciones. Cuando llegó la víspera de la boda, se realizó el banquete y asistió toda la corte.

Entonces el joven pidió la presencia de la princesa emparedada. El príncipe se turbó al oír esa demanda; pero, deseoso de cumplir la palabra dada, ordenó a unos servidores que fueran en busca de la princesa y la hicieran venir al salón.

Cuando la trajeron, fue grande la sorpresa de todos al contemplar tan acabada y enferma a la que había sido el encanto de la corte.

El príncipe, a la vista de su martirizada esposa, sintió grandes remordimientos por haber sido tan cruel, pero no dijo nada.

Entonces el joven mellizo se adelantó hacia la princesa, la tomó de la mano y la colocó en el sitial de honor. Después dio una explicación de todo lo ocurrido a la princesa. Por todas partes se oían palabras de condenación contra la vieja bruja, que ni se atrevía a levantar la cabeza. Pero el más asombrado de todos fue el príncipe, el cual se arrodilló delante de su esposa y le pidió perdón por los malos tratos que le había dado. -

La princesa miraba con cariño al joven que la había sacado de su triste estado, pero no podía decir ni una sola palabra. Entonces el joven tomó de la mano a su hermana, y adelantándose con ella

Fui hacia donde estaban los príncipes, les dijo:

-Nosotros somos sus queridos hijos mellizos, el uno con el sol, y la otra con la luna.

Al mismo tiempo, arrancando las vinchas que cubrían sus frentes, demostró que decía la verdad. Entonces los príncipes abrazaron a sus hijos y desde aquel momento quedó restablecida la paz y la alegría en aquella familia.

La princesa, cuando pudo hablar, explicó la causa del aborrecimiento que le tenía su madre. Pero como era muy buena, al enterarse que el rey pensaba ordenar la muerte de la bruja, pidió gracia para ella y consiguió que se suspenda la sentencia. Pero no pudo conseguir que le levanten el destierro, porque el rey temía los maleficios de la bruja; la desterró de sus tierras y le ordenó vivir en regiones muy lejanas.

Cuando la bruja se alejó de la corte y la princesa se curó por completo, toda la familia empezó a vivir muy feliz. El caballo, una vez cumplida su misión, desapareció y no se supo más de él.

Y aquí termina el cuentito, cuénteme otro más bonito.